

# Así

## MURIO EL CAPITAN



MANUEL BRICEÑO JAUREGUI. S. J.

Los acontecimientos de la guerra civil empiezan a moverse con toda rapidez. Las fuerzas disponibles de Pompeyo consisten en dos legiones estacionadas en Campania, más ocho comandadas por sus lugartenientes Afranio y Petreyo en España. Los dos bandos hacen reclutamiento por toda Italia. Pronto se unen a César dos legiones de las Galias, y marcha con temeraria velocidad al sur por las costas del Adriático, capturando ciudades y pueblos que se rinden a su paso... Pero todavía intenta hacer esfuerzos de paz. Trata de persuadir a Pompeyo a una entrevista, mas este no quiere, y César sigue adelante. A aquel le falta la rápida energía de su adversario; y ante su veloz avance huye precipitado con los jefes del partido senatorial al puerto de Brindis; su intención es embarcarse para el Oriente donde el prestigio de su nombre es extraordinario. Allí podrá organizar sus tropas y entrenarlas debidamente para enfrentarse a semejante Capitán. Con Pompeyo salen de Roma magistrados, caballeros, plebeyos ricos, personajes influyentes y cultos...

Los prisioneros son tratados por César con magnanimidad y cortesía; tranquiliza a las ciudades que una tras otra van cayendo; perdona a todos, oficiales y soldados, de modo que las tropas capturadas se pasan voluntariamente a sus filas. **¡Jamás César intentará el reino del terror!** Su conquista será de un modo nuevo: con el arma del perdón y la generosidad. "Yo he salido de mi Provincia para defenderme, no para vengarme".

El pueblo empieza a abrir los ojos: las simpatías de la opinión pública se vuelven hacia él. Los adversarios son un juguete en sus manos... Pero la mayoría del Senado se empeña en ver en él a un nuevo Catilina, de intenciones canallas contra la república. Los criminales y sediciosos, que esperaban la ocasión para hacer de las suyas, se sienten defraudados: César no permite la violencia ni el desorden.

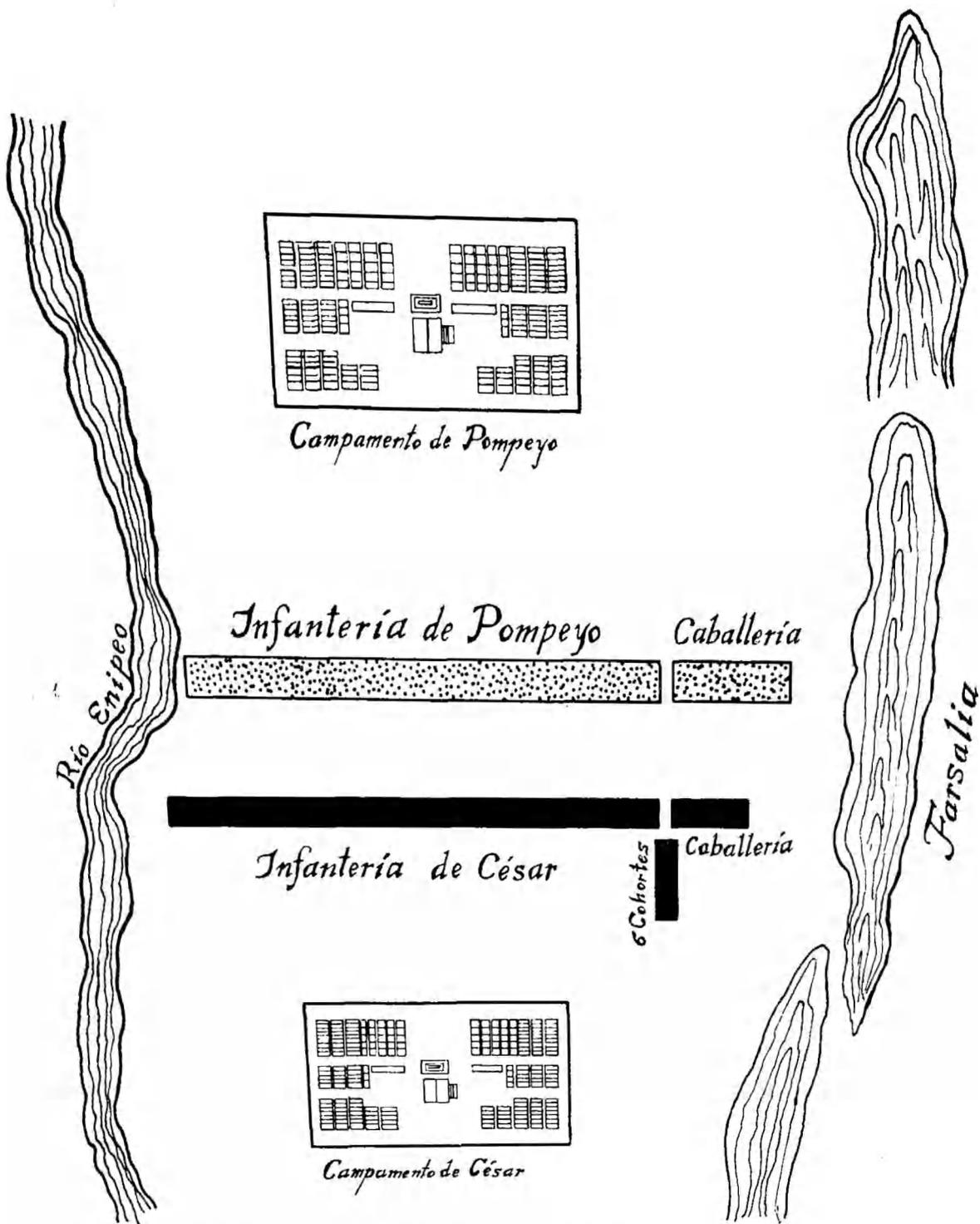
### Vicisitudes de la lucha.

En marzo escapa de Italia Pompeyo al Epiro, con sus tropas, más numerosas que las de su rival pero más bisoñas contra los veteranos de las Galias. Al saberlo se cuenta que César exclama: "Ahora me voy a España a atacar a un ejército sin General, y de allí volveré al Oriente para combatir a un General sin ejército". Llega, pues, César a Roma. Arregla primero la administración de la cosa pública, restablece el crédito en peligro por la guerra, llama del destierro a varios exiliados, y a comienzos de abril -con rapidez vertiginosa- parte para España: tiene que asegurar primero el flanco occidental antes de atacar a Pompeyo en el Oriente. César aprecia el valor del tiempo más que ningún otro General: su única probabilidad es batir a los adversarios antes de que se reúnan o puedan trazar un plan de campaña.

En Marsella los habitantes se le oponen. Manda César construir una flotilla en el Ródano, comisiona a Trebonio y Décimo Bruto para el bloqueo de la ciudad, y sigue adelante. Llega

a Ilerda (hoy Lérida) el 23 de junio. Petreyo y Afranio, lugartenientes de seis legiones de Pompeyo, han asegurado la España Citerior. Logra salvar César sus tropas de una situación peligrosísima, maniobra hábilmente contra los pompeyanos, los envuelve, los derrota, recibe la sumisión de estos a primeros de agosto; las dos legiones de España Ulterior al mando de Varrón capitulan; en septiembre se ha rendido Marsella; perdona César a todos los prisioneros.

Con la brillante maestría de las campañas de este verano ha dominado el Occidente! Sale para Roma; en Placencia sofoca un intempestivo motín de sus tropas, y llega de nuevo a la metrópoli en los primeros días de diciembre. Durante su ausencia ha sido nombrado **Dictador**. Ejerce el oficio por once días; es aclamado cónsul para el año siguiente, y el 4 de enero zarpa para Brindis con seis legiones en busca de su rival. La intención de Pompeyo es la de reemprender la conquista de Italia en la primavera de ese año nuevo, pero César se le ha anticipado y, eludiendo atrevido la flota pompeyana que vigila todo el mar, llega al Epiro y se dirige al norte, a Dirraquio (hoy Durazzo), donde acampa su enemigo. El adversario contra el cual se va a enfrentar por el dominio del mundo es más imponente en número, aunque no en calidad: 20.000 cesarianos contra 50.000 de Pompeyo! Pero César espera impaciente los refuerzos que no llegan: el mar está vigilado por la flota pompeyana. Y concibe un plan asombroso: bloquear a su oponente -a



*Plano de la Batalla de Farsalia*

cuyas filas ha pasado su mejor oficial en las Galias, Tito Labieno-, con un trabajo de atrincheramiento, -el más maravilloso de todas las guerras de la antigüedad!- Obtiene algún éxito, pero en mayo no espera más, y al intentar un asalto prematuro sufre un revés con grandes pérdidas.

### La batalla de Farsalia.

A juicio del mismo César, en sus *Memorias*, si Pompeyo hubiera aprovechado inmediatamente la victoria hubiera ganado la campaña: pero no poseía la asombrosa energía de nervios y visión genial de su rival. Quizás la mayor hazaña militar de Julio César es la de haberse retirado de sus destruidas líneas sin experimentar un desastre fatal! Pero el momento debe de haber sido aciago para él. Es la primera derrota en grande escala que sufre. Y hay algo más: César necesita ahora víveres y hombres; quiere por otra parte que su contendor se aleje del mar y de la protección de la flota... Dos legiones al mando de Domicio Calvino son enviadas hacia el oriente con el fin de impedir los refuerzos que de Macedonia espera el enemigo. Pompeyo comprende la táctica y sale a protegerlos, con lo cual se aleja de la costa, como quiere César. Astutamente elude Domicio la peligrosa posición entre los dos ejércitos, que vuelven a encontrarse frente a frente en las llanuras tésalas, cerca de Farsalia.

Pompeyo sienta sus reales en lo alto de una colina, protegiendo su flanco derecho (el izquierdo está protegido por

el escudo) con el río Epineo. Pero él bien sabe que sus legiones, hombre por hombre, no están a la altura de los espléndidos veteranos que conquistaron las Galias; y así no quiere de ningún modo presentar una batalla decisiva: su intención es aprovechar la superioridad numérica de sus tropas y más que todo su caballería superior (1.000 jinetes de César contra 7.000 pompeyanos), para incomodar a su enemigo y cortarle las provisiones. Pero el indeciso Pompeyo no es dueño de su propio destino. Los oficiales jóvenes, que han visto a César derrotado en Dirraquio, comienczan a repartir ya los despojos antes de sujetar al Gigante!... Distribuyen los puestos públicos, cónsules, tribunos, sillas curules, gobernaciones, provincias... Es el 9 de agosto del año 48 a. C.: el Genio militar de Cayo Julio César y la cólera de la desesperación van a tratar de ganar esta batalla formidable contra las imposibles ventajas pompeyanas. Pero cedamos la palabra al propio César:

“Siguiendo su antiguo plan, coloca César en el costado derecho la legión X, y en el izquierdo la IX, muy disminuida por las graves pérdidas de Dirraquio; une de propósito a esta la VIII, haciendo casi de las dos una, para que se soporten mutuamente; las cohortes en el campo de batalla son 80 (22.000 soldados). (Pompeyo cuenta con 45.000 combatientes y más de 2.000 veteranos). Dos cohortes quedan montando guardia en los reales. Antonio manda la izquierda, Publio Sila tiene la derecha. Cneo Domicio

el centro, y en frente de Pompeyo, César.

Al advertir la posición del enemigo, temiendo no sea atropellado el flanco derecho por la multitud de caballos, entresaca pronto de cada legión de la tercera línea una cohorte, forma con ellas un cuarto escuadrón que opone a la caballería enemiga: les declara su propósito, les advierte que en su valor está cifrada la victoria de este día; impera al escuadrón tercero y al ejército íntegro no acometer sin su mandato: cuando él lo quiera dará la orden de ataque. Los arenga al estilo militar... y a instancias de los soldados que arden por combatir da la señal para la pelea.

Entre ambos campos solo media el espacio suficiente para la embestida de los dos ejércitos. Pero Pompeyo ha prevenido a los suyos: que esperan la primera descarga de César, sin moverse de sus puestos, a fin de que el enemigo se desordene. Los nuestros, a la señal, acometen lanza en ristre, mas al advertir que no se mueven los pompeyanos, como prácticos y enseñados de otras batallas paran por sí solos en mitad de la carrera por no llegar exhaustos; toman aliento unos instantes, echan de nuevo a correr, lanzan las jabalinas y, rápidamente -conforme a la orden de César- echan mano a las espadas.

No esperan más los pompeyanos: reciben intrépidos la carga sin deshacer las filas: resisten el ímpetu de las legiones y disparando a su vez las jabalinas, empuñan los aceros. En ese instante, del ala izquierda de Pompeyo -como estaba prevenido- desfila a ca-

rrera abierta toda la caballería y se derrama la cuadrilla entera de honderos y sagitarios, a cuya furia no pueden resistir nuestros jinetes, sino que comienzan a perder terreno, y los caballos pompeyanos a picarlos más bravamente, abriéndose en columnas y cogiendo en medio a los nuestros por el flanco descubierto. Lo cual visto por César da la señal al cuarto escuadrón, formado de intento de seis cohortes



para esta emergencia. Saltan ellos al instante y a banderas desplegadas cargan con tan feroz ímpetu contra la caballería pompeyana, que ninguno hace frente sino que espantados abandonan el campo y huyen a todo galope a los montes altísimos! Con su fuga la gente de arco y honda queda desprotegida, sus armas inutilizadas y perecen todos.

A su vez, las cohortes sin parar dan un giro y embisten por la espalda al ala izquierda de Pompeyo, que pelea aún y se defiende en buen orden; pero los acorralan; y en este momento manda César avanzar el tercer escuadrón que hasta ahora ha quedado en retaguardia y están íntegros de fuerzas. Estos atacan de frente, los otros por la espalda: y ya no pudiendo resistir los pompeyanos echan todos a huir... Pero todavía las trincheras son defendidas vigorosamente por las tropas que han quedado de guarnición... Pero ni ellos pueden desafiar por mucho tiempo el granizo de dardos, sino que acribillados de heridas, desamparan el puesto y, guiados por sus centuriones y tribunos, todos a un tiempo escapan a las cumbres más altas de los montes cercanos...". **Hasta aquí Julio César.**

15.000 cadáveres... 24.000 prisioneros... 180 estandartes... 9 águilas de plata... Pero cómo siente César el precio de esa victoria! Visitando el campo de sangre: "Así lo han querido ellos -exclama con tristeza-: Ellos me han traído a esta necesidad. Yo, Cayo César, después de ganar tantas guerras, había sido condenado a desbandar mi

ejército!... Ceder hubiera sido mi ruina!..." Pompeyo vencido escapa a galope hacia la costa, cruza el mar Egeo hasta Mitilene, huye en un buque mercante rumbo a Egipto, pide asilo a Ptolomeo, cae traidoramente asesinado por la espalda al desembarcar... Las tropas del Senado están irremediabilmente derrotadas! César concede el perdón a cuantos se lo piden...

Con un puñado de legionarios sigue a primeros de octubre en persecución de su atormentado rival. Pese a todo, es su viejo amigo, y el esposo de Julia, su querida hija! Pero al llegar a Egipto sabe, horrorizado, el trágico fin de Pompeyo. Y César, inclinando la cabeza, lo llora...

#### **La Princesa egipcia.**

Pero aquí, en Alejandría, Cleopatra de Egipto, de 22 años, fría, calculadora, ojos de esmeralda y corazón de víbora, va a hechizar al Conquistador. Le nombra el árbitro en una disputa con su hermano Ptolomeo. Aquel viejo guerrero, cansado de luchas, en el Palacio Real de Alejandría! Allí permanece hasta el verano siguiente, despreocupado de todo. Nueve meses lánguidos, de amor y de placer... Sitiado (con 4.000 romanos) por las fuerzas levantinas del joven rey Ptolomeo (22.000 egipcios), tras meses de asedio y de peligro es auxiliado por Mitridates de Pérgamo. En la batalla final pierde la vida Ptolomeo. Y queda César como señor de Egipto. Pero no tiene prisa por regresar.

Un viaje fastuoso por el Nilo con su



Princesa dura semanas y semanas... Por primera vez en su vida ha descuidado temerariamente los sucesos que merecen su atención en el vasto imperio y, sobre todo, en Roma, que ahora está en sus manos. Sus generales y agentes, gracias a tan prolongada ausencia, se han entregado a excesos escandalosos y a abusos de sangre; y entre tanto los pompeyanos fugitivos se han organizado en España y en el sur de Italia. Solo a principios de junio deja a Cleopatra en el trono, y vuelve a su vieja actividad. Pasa veloz por Siria deshaciendo enredos y enderezando agravios con su acero; navega a Tarso de Sicilia, con eficiencia idéntica; cruza el Asia Menor apresuradamente; con algunas tropas se dirige al Ponto; ataca al rebelde Farnaces del Bósforo, quien aprovechando la guerra civil ha invadido una Provincia romana; en cinco días lo derrota

en Zela, de modo que puede describir su victoria con célebre concisión: "¡He gué, ví, vencí!".

#### **Y otra vez la guerra.**

En septiembre de ese año (47 a. C.) ya está de vuelta en Roma, donde todo es desorden, rencores, sangre. En tres meses, de dura labor, su mano fuerte y su talento de estadista quebranta la anarquía. Y lo tenemos de nuevo listo para embarcarse rumbo al Africa que está en poder de los pompeyanos comandados por Metelo Escipión y Marco Catón el estóico, con Tito Labieno (el mejor lugarteniente de César en las Galias) como consejero militar. Se les ha añadido el salvaje Juba, rey de Numidia, como aliado. Son 60.000 combatientes preparados para invadir a Italia.

César irritado e impaciente por acabar pronto esta guerra, sale de Roma

en el invierno con solo 5.000 soldados y algunos jinetes. Llega al Africa el 19 de enero. Su flota se ha dispersado por una tempestad. Ante la superioridad peligrosa, diez veces mayor de los pompeyanos, se limita a concentrar tropas en espera de refuerzos, que no llegan hasta abril. Con ellas pone sitio inmediatamente a Tapso. Los republicanos atacan para librar del asedio la ciudad; pero estos ejércitos mal organizados quedan totalmente deshechos por César. Perecen la mayor parte de los jefes. A la victoria se sigue una espantosa carnicería, porque los cesarianos están cansados de la paciencia de su Capitán que los perdona... y los soldados en su desesperación pasan a cuchillo aún a los que se rinden...

En julio está de vuelta en Roma. La paz parece asegurada. César es dueño del mundo! Y se celebra su triunfo! Son cuarenta días de sacrificios y acciones de gracias a los dioses por las victorias obtenidas por Julio César. Así lo decreta el Senado para el Genial Soldado de Roma! Es el mes de agosto: desfiles infinitos de soldados curtidos por el sol y las nieves, con cicatrices en el pecho, caballos blancos, elefantes, tesoros de las guerras: arcas de perlas, 3.000 coronas de oro, 65.000 talentos en moneda acuñada (36.400.000 dólares)...

En honor de César cada soldado recibe 5.000 denarios (US \$ 550.00), el doble los centuriones, y los oficiales 15.000; cada ciudadano de Roma recibe 100 (once dólares) y además 10 modios de trigo y 10 libras de aceite.

22.000 mesas se preparan para festejar en descomunales banquetes al pueblo: 66.000 invitados... Juegos en el circo, luchas de gladiadores con corazas de plata, 400 leones, naumaquias... Y en las monedas, por orden del Senado, se graba la efigie de César, con el título de **Dictador**.

Ha llegado por fin el momento de formar un gobierno sólido: En un par de meses hace embellecer a Roma, drenar pantanos, reorganizar los servicios públicos, organiza las Provincias, reforma la Constitución, restaura el orden público del caos, establece un gobierno firme y centralizado, instituye **Leyes Agrarias** en favor de los campesinos y de sus veteranos, hace aprobar por el Senado sus **Leyes Julias**. En interés de los derechos individuales, de la justicia, de la moralidad, nombra una comisión para la codificación científica de las leyes, reforma el calendario -su nombre queda inmortalizado en el mes de **Julio**-, reorganiza el Senado en forma de cuerpo más representativo, ajusta el sistema de impuestos a las provincias, y tiene en la cabeza muchísimos planes de grandes obras públicas y expediciones militares nuevas.

#### **La guerra le llama de nuevo.**

En España, Cneo Pompeyo, el hijo de Pompeyo Magno, ha reclutado un ejército con Tito Labieno, el mejor general de César. El Dictador envía sus lugartenientes, que luchan con poca fortuna. Porque le están esperando a él en persona. Decidió a acabar rápidamente con sus adversarios, reúne

en sus manos los poderes todos del Estado y, sin mayor preparación, sale de Roma. Veintisiete días después ha acampado cerca de Córdoba, en España. Durante el invierno, hay solo escaramuzas y guerrillas. Hasta que llega el 17 de marzo del año siguiente. Aquí se traba la última, la más terrible, salvaje batalla de Munda. César, enfermo, está a punto de ser vencido y caer prisionero; pero en un acto de energía supremo se lanza a la lucha: con su manto escarlata de General dirige las operaciones; marcha al frente en el ataque; reanima a los suyos; y como en la primera batalla, con los belgas, lucha cuerpo a cuerpo desesperadamente! Labieno lo ha visto: Ha jurado "no regresar a su tienda sino victorioso o muerto"... y va a mostrar con sangre lo que puede un renegado con la ciencia que aprendió de su General!... Horrorsa carnicería... Son hermanos contra hermanos... Labieno queda tendido en el campo de la muerte... Huye herido el joven Pompeyo, quien es pronto traicionado y muer-

to... César sale triunfador! "Muchas veces he luchado por la victoria -exclama- pero esta es la primera vez que he peleado por la vida!..."

Munda es la última, la más desesperada de sus batallas. Y ahora sí, tiempo es de comenzar un nuevo capítulo en la Historia del Mundo!... Mas, César es incansable: para el año siguiente, en marzo, prepara la conquista de los Medos del Oriente...

Pero no... Un grupo de más de sesenta conspiradores, instigados por dos de los oficiales más queridos, de César, están persuadidos que él se hará rey... Aquellos republicanos están decididos a salvar la república. Días antes de emprender César la conquista del Oriente, al entrar en el Senado, es asesinado por la espalda... Veintitrés puñaladas mortales... Ha tratado de defenderse... Son sesenta los conjurados... Y cae César, en el aula del Senado, a los pies de la estatua de Pompeyo...

Así murió el Capitán!